

Vida Catequística

La Excursión Teatral a Ayguafreda.

En la tarde del día 22 de Noviembre, un enjambre de pequeños merodeaba por los alrededores de la estación del Norte; también había mayores que les acompañaban. Y divisábanse todavía grupos que iban viniendo, pasando por allá, junto al «perpétuo escombros del derruido puente sobre nuestro río Congost.

Esperábamos el tren que tenía que conducirnos hasta Ayguafreda.

Ni un minuto más, ni un minuto menos, a las dos menos diez llegaba el tren y a los dos minutos, todos, grandes y pequeños, nos habíamos diseminado por los espaciosos vagones.

Muellemente acomodados (puesto que la mayoría íbamos como los «buenos», en segunda), fuimos llevados por el ajetreoso tren eléctrico de velocidades casi vertiginosas.

Durante el trayecto podimos admirar la campiña, tan variada como hermosa, de este magnífico Vallés; llenos con sus grandes campos ya sembrados y montes con su frondosidad de pinos y sus exóticos peñascales.

Dejada atrás la estación de Figaró y cuando hubimos pasado un túnel, todo fué trajín: todos se preparaban para apearse, pues se acercaba Ayguafreda y era cuestión de abrigarse para resguardarnos del frío que en aquel lugar hacía, pues en el tren la calefacción iba «a todo gas».

De pronto menguó la velocidad del convoy; iba ya frenando pues se acercaba ya la estación. Y eran las dos y media que nos apeábamos. ¡Que de

pequeños no bajaron del tren! Parecía una invasión.

Cuando nos hubimos reunido todos, nos dirigimos hacia el pueblo. La alegría cundía y se exteriorizaba en todos, grandes y pequeños.

Antes que nada, la comitiva se dirigió a la casa rectoral para saludar al señor Cura-Párroco. La gente de Ayguafreda se asombró de tanto pequeño. Si llega a estar todo el Catecismo, si se asombra de verdad!

Hacia las tres, siguiendo el camino del Abancó, nos detuvimos en un apacible y soleado rincón en el que los pequeños — «que siempre tienen un buidell buid» — y también alguno no pequeño, tomando asiento en los «blandos» peñascos, merendaron.

Sin correr, regresamos a Ayguafreda donde, acto seguido fuimos a dar gracias al Señor por el sin fin de beneficios que nos deparaba: buen sol, no mucho frío... en fin, una tarde apacibilísima. Terminado el Santo Rosario, nos despedimos de nuestra celestial Madre con el canto de la Salve Regina.

Y seguidamente al local: un local amplio y confortable, muy a propósito para la población, y muy bonito.

Para empezar el festival, se ofrecieron espontáneamente un grupo de niñas para interpretar el sainete «La carbonera», lo cual hicieron con suma gracia las pequeñas artistas.

Un poco después dióse comienzo al acto oficial con el repertorio de danzas y cantos, magníficamente ejecutados por un numeroso grupo de pequeñas, a las que felicitamos por lo muy bien que lo hicieron.